

Pablo Mourier

Más negro
que amarillo



RELATOS
DEL SUR

Más negro que amarillo

Ella cierra la puerta del taxi y apoya el pequeño bolso negro sobre sus piernas larguísimas. Es casi medianoche y en Buenos Aires el verano se adelantó algunas semanas.

—Hasta Puerto Madero, por favor.

El taxi arranca despacio; la lluvia de la tarde no ha traído ningún alivio. Ella baja la ventanilla con fastidio, el interior del auto es un horno, lo mismo que allá afuera. El taxista se apura a interceptar su malhumor.

—Se rompió —dice—. El aire acondicionado, justo tenía que llevarlo a que lo vieran.

—Está bien, no voy tan lejos. —Ella no quiere conversar, debe repasar una vez más lo que hará, sabe que no va a ser una noche fácil.

El taxista insiste.

—¿Puede ser que te haya llevado antes? —pregunta, y la busca desde el espejo retrovisor.

Ella prefiere evitarlo.

—No creo —dice. Su respuesta es rotunda por lo breve, suficiente para que el viaje siga en silencio durante algunas cuadras.

El auto se desliza despacio sobre el asfalto mojado. Los desplazamientos son amplios y sin brusquedades, como si estuvieran paseando. Esa cadencia la incomoda, pero prefiere no hablar, su cabeza está en otra parte. Mira el reloj, ya casi es

la hora. En el espejo, dos ojos pequeños y penetrantes no dejan de observarla. Él percibe el esfuerzo de ella por ignorarlo, ese escapar lo provoca.

—¿Estás apurada? —dice.

—Estoy llegando tarde —lo corrige ella.

El auto sigue su marcha, imperturbable; los ojos de él siempre encima. Ella se pregunta si no sería mejor conversar, al menos así no se sentiría tan violentada. Pero no, no va a ceder, la mejor manera de escapar es en silencio. Se acerca un poco más a la ventanilla baja, finge interés en los pocos trasnochados que todavía andan en la calle. El viento en la cara le da algo de alivio, también piensa en lo inútil de las tres horas que pasó en la peluquería. Mira de nuevo el reloj, regalo de él; es cierto que está llegando tarde. Respira hondo, debe mantener la calma. Lo de Puerto Madero no va a ser fácil, lo supo desde la primera vez que se acostó con él.

Los ojos siguen ahí, al acecho, como espiándola desde un hueco sucio. Ella siente asco, le repugna la idea de compartir el mismo espejo. El taxista vuelve a avanzar:

—¿Estás trabajando, no? Me di cuenta apenas te vi.

Ella ya no lo escucha, mira a su alrededor, busca una mínima oportunidad de fuga. La puerta no está trabada, tal vez en algún semáforo...

—¡Allá hay un kiosco! —dice—. Compro cigarrillos, es apenas un minuto.

El auto acelera, la mentira la deja más desnuda que antes. Él lo disfruta, sentir su poder lo excita. Habla como si no la hubiera escuchado.

—Voy a tomar por la avenida, es un poco más largo, pero a esta hora casi no hay autos. Va a ser mucho mejor, ya vas a ver.

Ella aprieta fuerte el bolso contra su estómago, como hacía de chica con la oveja de trapo en noches de tormenta. Ya no se

detienen en los semáforos, solo queda gritar.

—Subí la ventanilla, por favor —dice él—, enseguida llegamos.

El pensamiento de ella es vértigo. Repasa cada una de las alternativas posibles, evalúa chances y riesgos; siempre pierde. En el interior del bolso, su celular no deja de sonar y en su cabeza esa insistencia se traduce en imagen: séptimo piso de Puerto Madero; él, desnudo bajo la bata de toalla, impaciente porque ella no llega, sin imaginar que será la última noche que se vean. Ella no se decide a atender, tiene miedo de escuchar sus reclamos por llegar tarde, pero más teme hablar y que su voz la delate. De golpe, flaquea, no sabe si podrá hacerlo. Tal vez sea mejor olvidarse de todo y quedarse a su lado, al menos así tendría alguien que la proteja. Son todos la misma mierda, piensa. Busca el teléfono en el bolso. El taxista pierde la calma por primera vez:

—Dejalo ahí donde está y nos evitamos los dos un problema, ¿te parece?

Ya está, se acabaron las ambigüedades. Ahora van a toda velocidad por la avenida siguiendo un camino que no es, ella pierde la cuenta de las bocacalles que van dejando atrás. Giran antes de cruzar la vía, después toman por una calle angosta y oscura. A la izquierda, ve el alambrado ferroviario, antiguo y cubierto por enredaderas. A la derecha, pequeñas fábricas y talleres. Debe ser Barracas. El silencio amplifica el andar sobre los charcos en el empedrado. El taxi se acerca suavemente al cordón hasta detenerse, mientras las ruedas hacen crujir hojas y pequeñas ramas derribadas por la tormenta. El taxista se da vuelta, por primera vez la mira a los ojos sin la intermediación del espejo.

—¿Te gusta acá? —dice.

Antes de bajar, le indica que se aleje de la puerta, no quiere estupideces.

—No tengo ganas de andar persiguiéndote, ya ves lo oscuro que está afuera.

Ella obedece. Entonces, él baja del taxi, afloja el lazo de su pantalón deportivo y abre una de las puertas de atrás, la del lado de la vereda. Ya está con medio cuerpo adentro del auto, casi sobre ella, cuando el celular vuelve a sonar. Él hace un gesto de fastidio, y después sonríe, más bien es una mueca. Extiende el brazo para que se lo entregue.

—Vamos a pedir que nos dejen un rato a solas, ¿te parece?

Ella abre el bolso, busca a tientas y dispara tres veces. El taxista se desploma junto al cordón sin siquiera haber visto el arma, los ojos muy abiertos y el pantalón por debajo de las rodillas. Ella vuelve a guardar la pistola en el bolso junto al teléfono, que sigue sonando. Lloro en silencio, no sabe cómo explicará a sus jefes que ha fallado, que acaba de matar a otro, sabe que en ese ambiente las excusas no cuentan.

En la suite más lujosa de un hotel de Puerto Madero, un poderoso juez federal deja su teléfono sobre el mármol del jacuzzi. Ajusta el lazo de su bata de toalla y maldice, resignado. Ni siquiera sospecha que ha sido una noche con suerte.



Leer más cuentos en www.pablomourier.com.ar